



¿Ha sido asesinado por el amante de su madre el pastorcillo de Pedrajas?

(Vea la emocionante información en las páginas 4 y 5.)

(Foto Llompert.)

**EMANARIO
DE
REPORTAJE/
DIRECTOR
MÁXIMO RAMO/
REDACTOR JEFE
EDUARDO DE ONTAÑÓN
REDACCION
Y
ADMINISTRACION
JACOMETREZO 1 y 3
TELEFONO 27629
MADRID**

EN BELGICA HAY UNA CIUDAD DEDICADA A LOS LOCOS



Los locos de Gheel trabajan en el campo como labradores.

Como final a nuestro reportaje "Diez días con los locos", que tanto interés ha despertado entre nuestros lectores, queremos dar un nuevo artículo de nuestro colaborador señor García Vidal—prolongador de la información, como se recordará—sobre la ciudad de Gheel, en Bélgica, a la que podríamos denominar "el paraíso de los locos", ya que en ella se siguen las reglas más normales para volverlos a la realidad.

Suponemos que tan interesante ojeada a la vida de los sinrazón en el extranjero será muy del agrado de los muchos lectores que se han interesado por nuestro reportaje anterior.

LA LEYENDA DE UNOS AMORES INCESTUOSOS

Sí. Hay una ciudad donde viven los locos en plena libertad. Este refugio, sentimental quizá, que el mundo reservó a los enfermos mentales, se emplaza en la provincia de Amberes, y está dulcificado por la suave campiña belga. Gheel, que así se llama el pueblo, vive todavía una piadosa leyenda que a sus moradores hace tratar con ternura a los desgraciados sin razón, que así libran sus ensueños de amenazas y torturas. Su leyenda es terrible, y dice que en el siglo VII huyó a la ermita de San Martín, que en aquella época se elevaba en aquel lugar, una princesa irlandesa llamada Dimfna, que estaba requerida por su padre de torpes y bárbaros amores. La muchacha, convertida al cristianismo por su confesor, hacía penitencia y lloraba las pretensiones de



UN INGENIERO LOCO QUE OBTIENE UN PREMIO EN UNA EXPOSICION POR SUS INTERESANTES TRABAJOS

Pero lejos de la leyenda, lo cierto es que en Gheel viven los locos en plena libertad. En la actualidad hay constituida una colonia numerosa de enfermos que allí fueron en busca de sosiego. El procedimiento que se emplea con ello es el de establecer su convivencia con los seres normales, que son quienes los vigilan y cuidan. En todas las casas de Gheel existen habitaciones reservadas para los enfermos mentales, y éstos, sin darse cuenta de que se les vigila constantemente, realizan su vida sin trabas de ningún género, llegando incluso a adquirir hábitos de vidas normales. La historia de la ciudad de Gheel refiere el interesantísimo caso de un ingeniero agrónomo "recluido" allí. Este enfermo, que a su llegada a la ciudad se creía Dios, fué dedicado por sus "caseros" a las faenas agrícolas, y realizó tan interesantes investigaciones, que el año 1864 obtuvo el primer premio en una exposición internacional de agricultura celebrada en Bélgica.

LA CIENCIA, EN GHEEL

En Gheel, la ciencia sólo ofrece su hábil control. En la ciudad existen cuatro médicos especialistas, que llevan, como es natural, la vigilancia de los enfermos. Esta vigilancia científica se divide, para los efectos del reconocimiento, en cuatro series, que equivalen a cuatro consultorios. El enfermo, si no lo necesita, jamás será reconocido por su doctor que, percatado de la importancia de la paz espiritual de los locos, nunca le perturbará con su presencia.

NINOS Y LOCOS

Para consignar el modo de vivir de los locos en Gheel, hemos de expresar que todos, sin excepción, emplean su tiempo en múltiples quehaceres. El campo o la ciudad siempre tienen para ellos entretenimientos infinitos. Si son aficionados a la agricultura, pasan sus días enfrascados en las faenas agrícolas y, a quienes prefieren el ambiente de la ciudad, se les coloca en oficinas o talleres, según sus cualidades. Las mujeres también hallan su empleo, y mientras unas ejercen las labores de las casas, otras se dedican al cuidado de los niños. Uno de los espectáculos que más sorprende la curiosidad es ver la convivencia de los enfermos con los chicos, que encuentran en

La imagen de Santa Dimfna, a quien la leyenda atribuye la fundación de la ciudad.



He aquí Gheel, la ciudad de los locos.

Esta mujer, que lleva un pequeñuelo en brazos y una niña al lado, es una loca que vive en Gheel.

su progenitor. Pero éste, que dió con el refugio de su hija, enloquecido por las tinieblas del incesto, mandó matar al confesor y, no hallando quien ejecutara sus sanguinarias órdenes contra la princesa, la decapitó por su propia mano. Los relatos afirman que varios locos del país, testigos del suceso, recobraron en aquel lugar la razón, y elevaron, en premio a las virtudes de la princesa, una capilla con la imagen de Santa Dimfna.

ellos sus más fieles guardadores o sus mejores amigos. Jamás se ha registrado en la larga historia de la ciudad de Gheel ningún suceso desagradable originado por un loco.

LA PIEDAD DE LA CIUDAD DE GHEEL

Quienes por primera vez visitan Gheel, difícilmente pueden señalar a los enfermos. ¿Es posible que por las calles de la ciudad se mezclen los locos y los cuerdos? ¿No será la imaginación de sus moradores la que pretenda teatralizar el ambiente? Nada de esto. Viven los locos en plena libertad, como los cuerdos, y unos y otros conviven en apacible y serena tranquilidad que nunca perturbó nadie ni nada. Las familias que en su seno reciben a un enfermo mental ya saben que de él han de hacer un familiar más; que si bien de cuando en cuando hará gala de rarezas, no por ello deja de ser una persona querida... ¿El manicomio, la reclusión para los sin razón? Allí no existe. La vieja estampa del pueblecito belga vive todavía la leyenda de Santa Dimfna, que se dejó matar por su padre porque éste recobrarla la razón perdida.

A. GARCIA VIDAL



UNA BELLA MUCHACHA SE SUICIDA EN LA CORUÑA



En este desmante de la carretera de Los Castros fué encontrada la joven Carmen Vázquez por el hombre que aparece en la fotografía.

"ES INUTIL TODO LO QUE ME DIGAN"

—¿Te vas ya, hija?—le preguntó el viejo.
—Sí, padre. Aquí me desespero en estas soledades.

—Pero si vives al "lao" de tu padre, ¿con quién mejor?

—En la capital hay más ambiente para mi vida y en este pueblo me ahogo de aburrimiento.

El padre cambió su ademán amable por un gesto de severidad.

—Lo que tú quieres—dijo—es dejarme para poder seguir hablando con tu novio, con ese...

Carmen Vázquez hizo un inconfundible mohín de desagrado.

—Ya estamos como siempre...

—Y estaremos. Mientras yo viva ya sabes que me opondré a estas absurdas relaciones.

—No sé por qué—atajó la joven.

—Demasiado lo sabes—respondió su padre.

—Si fuera usted sólo, ya me encargaría yo de convencerle de su equivocación. Pero son muchos contra mí.

—Eso te hará ver que no es un capricho mío. Toda tu familia está de mi parte.

—Pues no se saldrá ninguno con la suya. Soy muy joven, es verdad, pero en el corazón no puede mandar nadie. ¡Y a enseñarme a querer, tampoco!

Fué agriándose la conversación entre padre e hija. Cada uno defendía con tesón sus puntos de vista, pero no lograban ponerse de acuerdo. Ni el padre consiguió que la chica suspendiera su proyectado viaje.

—Es inútil todo. No se canse usted. Estoy decidida a todo. ¡Incluso a matarme!

El padre comprendió la firmeza de aquellas palabras. Conocía el enérgico carácter de su hija y sabía también que cuanto hablara Carmen iba avalado por la firmeza de una decisión inquebrantable. La dejó marchar. Carmen Vázquez abandonó la casa paterna, en Eiroa, una aldea de Monforte, y marchó a La Coruña.

NEGROS PENSAMIENTOS

Por el cerebro de la bella gallega pasaron en alucinantes y encontradas fulguraciones las palabras de su padre. La lucha era tremenda para su sensible imaginación; la oposición familiar era algo que venía su voluntad y se adueñaba de su inteligencia.

—¿Qué tristeza de vida!—suspiró melancólicamente—. ¡Vivir así, cuando podía ser tan feliz!

En tal estado de ánimo arribó a la capital. La gran ciudad era para ella, en aquellos instantes, de-

masiado dinámica. Le mareaba todo. Resonaban aún en su cerebro, con fuerza de martilleo, las frases de su padre. Como barco sin brújula, Carmen Vázquez quiso tomar varias direcciones, sin conseguir ninguna determinada.

—¿Dónde iré con esta barahunda de gente?

Tenía necesidad de descansar, de estar sola, para lograr coordinar las ideas.

Preguntó a un guardia si conocía una buena pensión.

—Sí, y no muy lejos de aquí la tiene usted.

A la calle San Andrés, número 47, la dirigió. Fué recibida con el mayor agrado. Se convino el precio y pasó a la habitación que le correspondía. Era ya casi de noche. Del bolso sacó un retrato de un hombre y lo puso sobre la mesilla. Le contempló con tristeza.

—¿Por qué no me dejarán quererte?

Y lo besó.

Carmen se acostó, no quiso cenar. No pudo tampoco conciliar el sueño. Sombras espectrales inquietaban sus nervios. Al fin, vencida por el cansancio, ya de madrugada, logró cerrar los ojos.

UNOS POLVOS PARA MATAR RATONES

Las horas pasadas sólo sirvieron a la bella Carmen para ratificarse en sus trágicos propósitos.

—Son muchos contra mí y acabarán vencándome.

Tales eran sus pensamientos. Sabía que la oposición familiar era tan decidida como su cariño. No podía ignorar que no había más camino que el de acceder a las pretensiones paternas o quitarse la vida. En este estrecho círculo se movía toda su existencia.

—¿Si yo me matase!...

Con esta obsesión salió a la calle. Llevaba en su imaginación la constante idea del veneno. Luchó con la ignorancia para hallar procedimiento. De pronto y sin saber por qué, la palabra arsénico llegó a su cerebro.

—¿Y si yo lo comprase para quitarme de en medio?

No lo pensó mucho. Entró en una farmacia y no se lo quisieron despachar.

—¿Trae usted receta?—la preguntaron.

Carmen se turbó ante la pregunta que no esperaba.

—Creo que no; voy a ver.

Fingió que revolvió el bolsillo, y al cabo dijo:

—Pues no; me la he debido de dejar olvidada en casa.

—Lo siento mucho, señorita. Con lo que usted me

pide, se puede matar una persona. Muchas veces lo despachamos para que mueran los ratones.

Y riéndose, agregó el mancebo:

—Y usted es muy bonita para quitarse la vida.

Carmen bajó los ojos y se marchó de la farmacia. Entró a otra y la escena fué análoga. Tampoco quisieron vendérselo.

—¿Qué difícil es matarse!—suspiró.

Después de dos o tres negativas más, se le ocurrió entrar en una droguería.

—¿Tiene usted polvos para exterminar ratones?

El droguero sirvió lo que le pedían.

—Sin receta nos está prohibido, pero ¿quién se niega a una mujer tan guapa?

Rápidamente Carmen Vázquez se apoderó de lo que deseaba; pagó y se despidió con una sonrisa. Su última sonrisa. Cuando salió de la droguería, iba decidida a matarse. De allí fué a una pastelería. Compró unos pasteles y se marchó a las afueras de La Coruña.

"¡ESTA BORRACHA, ESTA BORRACHA!"

Por los arrabales de la capital iba como una sombra Carmen Vázquez. Detuvo su marcha, miró a todos lados para asegurarse que estaba sola. Cuando se percató de ello, abrió unos pasteles y echó en ellos una gran cantidad de los polvos adquiridos. Era arsénico puro. Siguió caminando. Comió un pastel, luego otro, un tercero inclusive. Llegó en su marcha hasta la carretera de Los Castros.

—¿Qué mala me pongo—habló—. Ya debe estar haciendo efecto el veneno.

Erán tales los dolores que Carmen sufría, que no pudo seguir andando. Bajó a un pequeño desmante que existe en las inmediaciones de la Campsa y allí se sentó. El arsénico produjo en la joven unos vómitos angustiosos, que unidos a los intensos calambres que le causaba el veneno, hicieron que la muchacha se retorciese en el suelo entre gritos.

—¿Está borracha, está borracha!—gritaron unos chiquillos que la vieron en tal forma—. ¡Parece una máscara!—agregaron.

Avergonzada de oír aquellas palabras, Carmen se levantó y marchó a unos diez metros de distancia. Le fué imposible seguir más. Presa de horribles convulsiones, cayó a tierra.

Una mujer que pasaba al azar la vió y corrió a avisar a los guardias de Asalto. Acudió inmediatamente la autoridad. Pero ya antes, el portero de la Campsa, Gregorio Calonge, la había trasladado a su casa.

—¿Qué tiene usted, joven?—preguntó.

Carmen apenas podía hablar. De manera imperceptible, respondió:

—¿Me muer, me muer!

Con toda urgencia la llevaron a la Casa de Socorro.

—¿Quién le ha dado a usted ese veneno?

Con dificultad contestó:

—Yo sola, yo lo he comprado; nadie tiene la culpa de lo que me pasa.

—¿Y esas manos llenas de tinta?

Por señas indicó que se las abriesen. En la derecha tenía un modesto retrato y en su reverso una inscripción firmada por ella misma. Lacónicamente decía:

"Me mato porque riño con mis familiares."

Dos horas más tarde dejaba de existir.

SANTIAGO PINEIRO

(Fotos Artus.)

MARTIRIO Y ASESINATO DE



Mauricia López, madre del pastorcillo asesinado.



Gregorio Torres, el amante de Mauricia, a quien el pueblo acusa como asesino del niño.

La nueva esposa del tío Tejero, calculadora y sensual, pasó a ser el ama de todas aquellas tierras, de muchísimas ovejas y de dos o tres casas. Dos hijos nacieron de esta unión: Crescencio y Herminio. Lo que no logró el señor Pio con su primera esposa lo consiguió a la vejez con la Mauricia. Y la murmuración del pueblo siguió en aumento. A los cuatro años de matrimonio falleció el ricacho de Pedrajas. Era mucha la carga de aquella juventud fuerte y ardorosa.

"EL HOMBRE QUE ME HACE FALTA"

Del vecino pueblo de Golmayo surgió en Pedrajas Gregorio Torres. Era un hombre de pésimos antecedentes. Pendenciero, hurafío, mal encarado, insensible al dolor y a la desgracia. En Soria, en una tarde de feria, le conoció Mauricia.

Pronto se percató el hombretón—cazurro y sa-gaz—del frágil terreno que pisaba en la sensualidad de la alegre viuda.

—Menuda pareja podemos hacer tú y yo—habló meloso y enamorado—. Tú necesitas un hombre que haga las veces de padre con tus dos críos, que cuide tus tierras... ¡El "marío" que no has "tenío" nunca!

Y la clavó los ojos con deseo.

No tuvo necesidad de insistir mucho Gregorio para convencer a la mujer. Pasada la feria, sin escrúpulo de ninguna clase, se fueron los dos a vivir juntos a Pedrajas. Pero no faltó quien pusiera a Mauricia en antecedentes.

—"Pues" hacer lo que quieras, porque eres dueña de tu dinero y de tu cuerpo; pero ese "tío" es un salvaje sin entrañas. A su pobre mujer, que está en Golmayo, le daba unas palizas de muerte. La ha querido degollar muchas veces. La tenía hecha una mártir. Una "desgraciá", que no ha tenido más remedio que separarse de él "pa" librar la vida.

—"Na" me importa de lo que me digáis. Si ese hombre ha sido malo con la Anastasia "pa" mí no lo hay mejor.

No hubo razones. Contra todos, Mauricia López y Gregorio Torres se unieron en Pedrajas para hacer vida marital. Y de aquel "matrimonio" nacieron cuatro hijos, que se

Otro pastorcillo, Isidro Martínez, descubrió el cadáver.



unieron a los dos mayores que llevó la viuda.

EL HOMBRE FIERA

Pronto se notó en la casa la influencia del amante de Mauricia. Las primeras víctimas fueron Crescencio y Herminio, que padecieron el rigorismo del carácter irascible de quien les obligaba a llamarle señor.

—Vosotros—les decía—no podéis ir a la escuela. Tenéis que cuidar el "ganao". Si no sabéis leer y escribir, mejor "pa" vosotros; así no os enteráis de las cosas de la vida.

No recibieron instrucción alguna los dos pastorcillos. Desde el alba al mediodía y desde la s'esta a la noche cerrada guardaban las ovejas en el

LA HOSPICIANA

DEL Hospicio de Soria sacaron a Mauricia cuando apenas tenía doce años. Fué un ricacho de Pedrajas—Pío Tejero—quien tuvo el generoso rasgo de redimir de aquella humillante situación a la zagalilla de La Cuenca, depositada en la casa benéfica por su propia madre. El tío Tejero y su mujer, Tomasa Benito, cumplieron con todas las formalidades exigidas y prohijaron a la moza soriana, guapa, lista, revoltosa y alegre.

—Serás una hija "pa" nosotros, Mauricia, ya que Dios no ha querido darnos descendencia.

Y así fué, en efecto. Mauricia no volvió a acordarse de la madre que un día la abandonó, y en Pedrajas—lugar mísero, polvoriento y sin historia—fué para todos la hija de aquel matrimonio.

En la sencillez del villorrio, Mauricia vivió con holgura económica. Sus padres adoptivos tenían ovejas, fincas, majadas y casa propia. Gustaba la chica del halago del mocerío, pues era dada al parloteo y a la broma de los hombres.

—Ten "cuidao" con la moza, Pío, que ayer la vi en el lavadero, de "risotás" y jolgorio con el Rufo.

—Ya, ya—respondía Tejero. ¡Más pantalonera no la hay en Pedrajas!

Mauricia crecía en aquel ambiente. Sus líneas informes de niña iban cambiándose por curvas mórbidas de moza gallarda. Llegó la mujer en todo su desarrollo. La mujer grácil y parladora que hacía cara a todos. Incluso a quien la tenía en su casa como a una hija.

—Lo que le pasa a usted es que le da rabia que me cortejen los mozos, porque a usted también le gusto.

—¿Qué dices, Mauricia? ¡Gustarme tú! ¡Que no te lo vuelva a oír! ¡Una mocosa que puede ser mi hija!

No era sincero el hombre cuando fingía hablar con tanta serenidad. La garrida moza de La Cuenca le había dejado muchas noches sin sueño.

Y NACIO EL PRIMER HIJO

Tanto festejar y tanta broma con los mozos en la obscuridad de las tortuosas callejas del pueblo tuvieron el desenlace no por previsto menos comentado en la aldea. Fué al cumplir Mauricia diez y siete años.

—Tía Tomasa—habló tímidamente, aparentando un rubor muy lejos de sentir—. Si usted no me echara de casa, le diría una cosa "mu" grande.

Y Mauricia refirió a su "madre" en el "estado" que se encontraba.

El cariño que por la chica sentía el matrimonio hizo el milagro de perdonar. Un día de septiembre, Mauricia tuvo un hijo. Probablemente ni ella misma sabía quién era su padre. Pese a todos los cuidados con que fué criado, el niño sólo vivió unos meses.

—¡Angelitos al Cielo!—suspiró la tía Tomasa—. Mejor te convendrá así.

BODA CON QUIEN PARECIA SU PADRE

Pronto se le pasó a Mauricia la pena de aquella muerte. Nuevamente se la vió enhebrar la aguja del pali que con los hombres de Pedrajas. Al tío Tejero se le llevaban los demonios.

—¿A que va a ser verdad lo que se rumorea por el pueblo, señor Pío!

—¿Y qué es lo que dicen?

—"Pues "icen" que se le van los ojos detrás de ella.

—¿También tienen ganas de "murmurar"!...

No había tal murmuración en falso. Era completamente verdad. Y como era cierto, el tío Tejero callaba, tomaba las palabras a broma y procuraba cambiar de conversación.

En el año 14, una epidemia de gripe se llevó del Mundo a la tía Tomasa. Tres años más tarde, el viudo se casaba con su ahijada. Ella tenía veinticuatro primaveras, y él, sesenta y dos inviernos. Tuvo cercerrada a todo tambor.

—Que digan lo que quieran. En el querer mío mando yo, porra. Si la Mauricia es así o "asá", a mí me gusta, y no hay más que "icir".

UN PASTORCILLO DE PEDRAJAS

monte de Valonsadero. En el zurrón, pan duro. Mauricia, sin voluntad para oponerse a los mandatos del hombre, vivía por él, dominada en una extraña mezcla de miedo y sensualidad.

—¡Este Herminio!—gruñó en cierta ocasión el tío Gregorio—. ¡Pues no ha "dejao" que se crucen tus ovejas con las del tío Francisco! Cuando venga le voy a "eslomar" a palos.

A la noche cumplía la promesa. Una tanda de estacazos que hacían crujir los huesos del zagalillo era el recibimiento. Su madre ni hablaba.

TEMOR Y ODIO

Ninguno de los dos hermanos sentía por el que llamaban su tío más que odio y temor. Su analfabetismo, el medio en que vivían, la escasa edad—doce y catorce años—, no les permitía defenderse de aquel hombre que no tuvo jamás para ellos un rasgo de delicadeza ni de ternura. Por miedo callaban a todo. Por verdadero pánico silenciaban toda clase de castigos y desprecios que sufrían resignadamente.

—Te juro que le tengo odio de muerte. ¡Si yo fuera mayor, tendría que verse la cara conmigo!

—Pues mira que yo—respondía Crescencio—, me lo comería ahora mismo si pudiera.

—Calla, hermano, que si nos oye, quien nos come a "bocaos" es él.

Sabían que era muy capaz de hacerlo. Por el monte casi siempre era igual el diálogo entre los dos pastorcillos. Cierta día, Herminio se quedó dormido cuando cuidaba del rebaño. Las ovejas regresaron solas a la majada.

—Y tu hermano, gandul, ¿qué ha sido de él?

Crescencio palideció y respondió tembloroso:

—No sé, tío; se habrá dormido al calor de la leña.

—Ya me encargaré yo de despertarle...

Y como siempre, los palos, las bofetadas, los mordiscos, los insultos más soeces eran para el pastorcillo de Pedrajas. Y hubo más. Un castigo inicuo y miserable.

—Mañana vamos a ir tu madre y yo "montaos" en la yegua hasta Toledillo. Tú irás delante de nosotros, al mismo paso que la caballería.

Al día siguiente se convertían en realidad las palabras del hombre fiero.

—¡Arrea, "Lucera"; al trote ligero!

El chiquillo, delante, tenía que correr al mismo paso que la bestia, hasta que caía extenuado.

—Pero, bárbaro, ¿cómo haces eso con el zagal?—hubo quien le dijo.

—Yo sé lo que me hago—respondió—. Mientras la yegua corra y yo viva, el chico siempre irá así.

Crescencio, sin embarco, acudió a su casa. Era bien entrada la noche.

—¿Tampoco viene tu hermano hoy?

—Le tiene miedo a la paliza que le va usted a dar.

Cenaron los tres. Al poco rato, Crescencio subió para acostarse. El frío hizo que Herminio, al fin, volviera a su casa.

—No me pegue usted—le advirtió apenas entró.

—Anda "p'arriba"—le dijo a Mauricia su amante.

La mujer obedeció.

Crescencio, el hermano del pastorcillo, acusa firmemente al tío Gregorio.



El lugar llamado Corral de Bueyes, en el monte de Valonsadero, donde apareció el cadáver.

el propio Crescencio—unos lamentos angustiosos de su hermano, poner agua a la lumbre, y estas palabras que nos repite con firmeza, y que fueron pronunciadas por Gregorio dirigiéndose a Mauricia: "Si decís algo, os mato a todos."

—Después—continúa Crescencio—oí que la puerta se abría; no la oí cerrar. Oí que mi madre hablaba en voz baja con el tío. Yo me tapé con la manta horrorizado. Por la mañana salí con el rebaño y tuve que abrir la puerta. No he vuelto a ver a mi hermano ni me atreví a preguntar a nadie por él. Aquellas últimas palabras del tío Gregorio las tenía muy "clavás".

A LOS NUEVE DIAS SE DESCUBRE EL CADAVER

¿Qué pasó después en aquella casa? Gregorio Torres niega toda su participación en el hecho. Su amante no le acusa, y sólo dice cuando se le pregunta:

—Que hable él si quiere.

Únicamente Crescencio afirma rotundamente.

A los nueve días de producirse el hecho, muy de mañana, Isidrin Martínez, otro pastorcillo, descubre por el olor el cadáver de Herminio Tejero. Inmediatamente da cuenta al hermano del macabro reconocimiento.

—Huele a muerto, y es por ahí, en el corral de bueyes.

Fueron los dos al sitio indicado. Allí, escondido entre dos peñascos, estaba el cuerpo, lleno de quemaduras, del hijo de Mauricia. Únicamente en la cara tenía una herida. Por ella se deslizaba la huella sanguinolenta de la descomposición. Dieron conocimiento al juez municipal, y éste inmediatamente al de instrucción de Soria.

No había sospechas contra nadie. Sin titubear, la Justicia detuvo a los amantes, a quienes encarceló. Procesados los dos, en la prisión esperan la resolución judicial. Gregorio niega enérgicamente todo lo que se le acusa. Mauricia no sabe nada, no quiere hablar, dice que hable él primero.

Y como prueba firme y categórica, la declaración balbuciente y temerosa del hermano del pastorcillo asesinado en Pedrajas.

MIGUEL LUCENA

(Fotos Llompart.)



En esta casa de Pedrajas vivían los amantes.

El juez municipal de Pedrajas. →

COLGADOS DE UNA VIGA

Los dos hermanos llegaron a su casa temblando de miedo. Les faltaba una oveja.

—Se nos ha debido escapar con las del tío Quirico. No quiso oír más el amante de Mauricia. Cogió a los chicos, los echó un lazo al cuello y los colgó de una viga. Esta vez la madre impuso el corazón y les libró de una muerte segura.

—Lo que quiere Gregorio—comentaba el pueblo—es verse libre de los hijos de Tejero, "pa" quedarse con la herencia que les dejó el padre.

Y no andaban muy descaminados los que hablaban así.

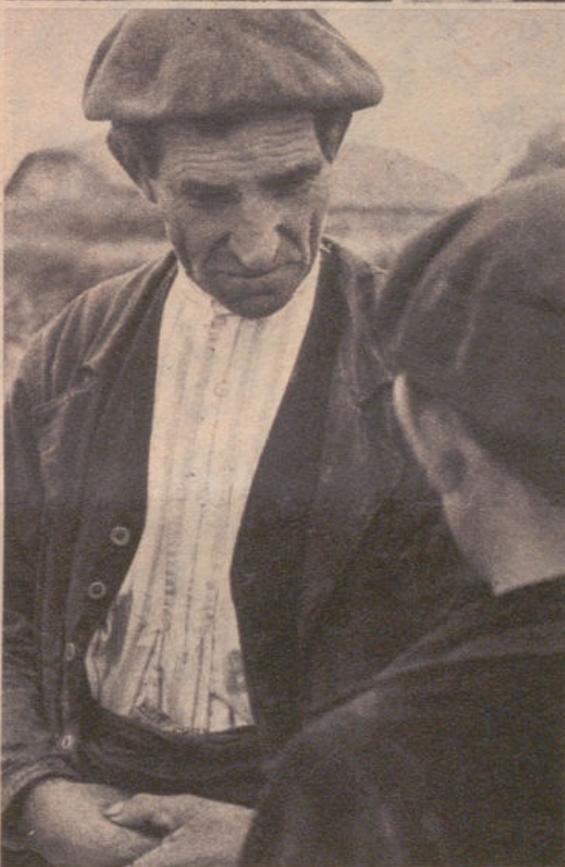
"YA VERAS CUANDO VENGA"

El día 10 volvió a quedarse dormido el desgraciado niño. Su hermano llevó las ovejas a la majada y regresó a su casa. Durante aquella noche no fué a su domicilio el pastorcillo.

—Ya verás cuando venga—juró el tío Gregorio—. De ésta no se me escapa.

Muy temprano se encontraron en el monte los hermanos. Crescencio le dijo al pequeño lo que había sucedido la noche anterior.

—Cualquiera iba a casa, "pa" que me matase el tío Gregorio. Pues te advierto que esta noche tampoco voy. ¡Ya sé que no me esperan más que palos!



MUERTE DEL PASTORCILLO

Habían transcurrido escasamente diez minutos cuando una escena de horror se produjo en la planta baja. Gregorio, con un palo de grandes dimensiones, asestaba un tremendo garrotazo en la cara del chiquillo, que cayó al suelo al recibir el golpe.

—¡Levántate, ladrón! Que me tienes hechas muchas, y ésta va a ser la última.

Con sus manazas de hierro, Gregorio zarandéo por el cuello al pastorcillo hasta fracturarle las vértebras.

A los ayes del pequeño bajó la madre.

—Dios mío, ¿pero qué es lo que haces, Gregorio?

Al mismo tiempo se despertó el hermano, se incorporó del camastro, puso atención en lo que sucedía abajo y oyó perfectamente—tal nos lo relata

Endemoniados!



LA ROMERIA GALLEGA EN QUE SACAN LOS DEMONIOS DEL CUERPO

DURANTE el mes de San Miguel, justamente por la fama de vencedor del demonio que este santo tiene, asoman los endemoniados por todas las aldeas de Galicia. Son unas gentes convulsas, inexpressivas, incoherentes—locos y epilépticos, en su mayoría—, que pasan el tiempo blasfemando y pataleando, mientras sus familias aseguran que tienen los demonios dentro del cuerpo.

Su romería se celebra, siempre en estos días, desde los más lejanos tiempos; "ven de lonxe", como me dice un viejo paisano. Pero, la verdad sea dicha, va perdiendo esplendor por la evolución de los tiempos o por los adelantos de la ciencia, que son las dos cosas a que hay que achacar estas desapariciones, y ahora apenas si se celebra más que en San Campio y Arteijo, tierras de La Coruña, o en las de Redondela.

A la de Arteijo asistimos. Junto a la pequeña ermita, que destaca su piedra amarillenta en medio de un rincón verde y frondoso, numeroso grupo de romeros espera desde hora bien temprana. Se van armando los puestos, de comidas en su mayoría. Se sitúan los mendigos... Uno, viejo y ladino, que muestra un muñón para excitar la misericordia de las gentes, me asegura que éste es su mejor día del año:

—¿No hay "feitixo" sanado que no convide, señor!... ¡Algunos dan "patacones" y todo!

A poco empiezan a llegar los embrujados. Vienen rodeados de sus familiares, que les traen del brazo. Algunos traen tal aire de normalidad, que tengo que preguntarle a un hombre:

—¿Y en qué se les conoce?

—Toma, pues en que juran y huyen de las cosas santas como endemoniados que son...

Y, claro, al entrar en la iglesia es ella. Tan pronto como empiezan a acercarse a la puerta, los familiares tienen que hacer grandes esfuerzos para que no se les escapen. A veces, hay que echar mano hasta de los curiosos para hacerles penetrar. Los posesos—hombres o mujeres—patalean, lloran, vociferan y dicen las mayores blasfemias, pretendiendo desasirse de las muchas manos que les sujetan y empujan...



Dos endemoniados quieren huir, y las gentes lo evitan, agarrándose unos a otros.



—¿Adentro, condenados!

—¿Pasa, pasa, "meu filliño"!

—¡Mala centella coma a todos los santos!

A una mujer tienen que entrarla en volandas; otra se desmaya a la misma puerta; una niña se revuelve de tal manera, que no son suficientes padres y



Un endemoniado llega con sus familiares.

La procesión es un río de gentes que rezan, empujan y blasfeman.

Una enferma se desmaya al entrar en la iglesia.



hermanos a hacerla pasar... Lloros, imprecaciones, ruegos y palabrotas se confunden en el atrio.

Una vez dentro, les obligan a ir a besar el manto de la Virgen, que está ya sobre unas andas, en espera de la procesión. Este es el ejercicio más difícil, y si se consigue, es gracias a la intervención de toda la gente que llena ya la iglesia, y forma una gran barrera para impedir que huya el embrujado. Pero sus esfuerzos mantienen, dentro del pequeño lugar, un valvén constante de marea humana.

La ermita tiene una jaula de barrotes de madera preparada para estos casos, y como los posesos han de estar bajo el techado eclesiástico para que la misa les beneficie, allí entran, con familiares y todo.

Entre alaridos y gritos transcurre la misa. Las gentes están más atentas a lo que sucede dentro de la jaula que al Santo Sacrificio.

En medio de éste, el sacerdote entra en la jaula

LA ROMERIA GALLEGA EN QUE SACAN LOS DEMONIOS DEL CUERPO

Esta endemoniada se niega a entrar en la iglesia.

Junto a las andas, la gente se apretuja para que no escapen los enfermos.



y procede a sacar al enfermo "os demos do corpo" con una medalla bendita de la santa.

—¿Cuántos espíritus malignos tienes dentro de tu cuerpo?—pregunta con mucha gravedad.

Pero no hay medio de sacar al enfermo más que palabras incoherentes, como ésas de los métodos para aprender idiomas.

—Eso que tiene la Virgen no es manto—contesta una niña—, que es el mandil de mi madre!

El sacerdote sigue hablando impertérrito:

—Espíritus malignos: os mando que salgáis del cuerpo de este pobre pecador...

—Yo sé comer!—asegura éste.

—Ese libro que tiene el cura es el que me robaron a mí en la escuela!—dice otro.

Hay un momento emocionado en el pequeño templo, en el que todos están pendientes de las bocas de los posesos, como si fueran a ver aparecer de pronto a los demonios, con todo su aspecto atroz, huyendo... No se oye más que "¡Salid!, ¡salid!", como una plegaria inmensa.

Hay tal ambiente de sudor y tragedia, que uno tiene que salir al atrio, a que le anime el airecillo de los prados. También aquí hay una curiosa escena. Como ya se acerca el momento de la procesión, los fieles que llegaron de las lejanas aldeas con los enfermos, familiares o conocidos, van entregando al sacristán sus velas, unas sin encender y otras echando esperma. El sacristán da las gracias con la misma salmodia: "A santa vol-o agradeza,—apagada como acesa..."

Cuando acaba la entrega, como veo al sacristán muy contento, me acerco a informarme.

—¿Es que este año, señor, costó más trabajo que nunca sacar los demonios a la gente; pero en lo que va de mañana son ya tres los que han salido!

—¿Y en qué se conoce que salen?

—En lo tranquilos que se quedan, sin ese "reconcomo" dentro...

Después me cuenta lo que costó una vez sacárselos a un enfermo. Parece que tenía tres demonios dentro; dos le salieron sin dificultad, pero con el tercero no pudieron, por más esfuerzos y exorcismos de que echaron mano.

—¿Es que dicen que era "frade"!

También me relata que en otra ocasión—de ésta no sabe cuándo, aunque sí cómo—, al preguntar el sacerdote a una endemoniada los espíritus que tenía, le salieron por la boca veintiséis pelos largos; la gente se asustó, y cuando el cura fué a quemárselos vió que habían desaparecido y la mujer tenía otra vez los demonios dentro.



Otra embrujada se desmaya al hacer esfuerzos para no entrar en la ermita.



Familiares y fieles se agolpan, asándose a las andas de la Virgen, bajo las que van, sudorosos, los enfermos.

Esta anciana viene de rodillas desde tres kilómetros, porque la Virgen sanó a su hijo.

(Fotos Artus.)

Pero no sigue su relación, porque han acabado las ceremonias interiores y tiene que salir la procesión.

La procesión, que es poco más que unas cruces, unos estandartes y la imagen de la Virgen sobre unas andas, como todas las procesiones aldeanas, pero que en su breve carrera bulle el alma antigua, milenaria de los campos.

Bajo las andas de la santa se revuelven los posesos, empujados por las gentes que van alrededor, cuidando de que no escapen, para que les alcance el santo amparo. Como el sitio es reducido y los enfermos, encogidos, molestos, pugnan por salir, las manos tienen que agarrarse a las andas y al manto de la Virgen, cuando no a los hombros del que va asido.

Los gritos y juramentos que salen de debajo de las andas ensombrecen la mañana del campo, por lo demás, pura y sencilla como lo es siempre.

Todavía ha de surgir una escena emocionante:



una mujer de setenta años se acerca a la ermita andando de rodillas, con mucha humildad.

—"Curouse meu fillo, fai seis anos", señor, gracias "a santiaña"!—me dice—, ¡Ahora él está en "la" América, y yo vengo todos los años de esta forma, desde tres kilómetros, a dar gracias!

Esta mujer, devota y dolorida, penetra en la iglesia, sin que ya los romeros, cansados por tanta emoción de la mañana, paren en ella. Ahora, las gentes se disponen a gozar de música y danza.

—¿Va a tocar la banda de "Espantacochos"!—dice a mi lado un mozarrón dispuesto al jolgorio.

Y su voz es como el cohete inaugural. Inmediatamente suenan los compases, alegremente desafinados, de una banda aldeana.

CLAUDIO RUIZ PUENTE

LA MISTERIOSA MUERTE DEL MAYORAZGO DE VALLECAS



AYER, ORO A CARRETADAS; HOY, MISERIA, HAMBRE, LOCURA.

EN la casa del mayorazgo, del cercano pueblo de Vallecas, acaba de morir, casi en la miseria, un hombre, cuyo árbol genealógico en el que figuran personajes conocidos en la Historia de España—hablaba de señoríos y blasones vinculados a su nombre. Lo demuestra un escudo señorial que campea en la fachada, y lo corrobora el testimonio de viejos vallecacos, que aseguran habérselo oído a sus padres y a sus abuelos.

Hasta el zaguán de la casa del mayorazgo entraban los carros que, custodiados por la Guardia Civil, traían oro de palacio.

Mi abuelo vió venir muchas veces a la reina Isabel II! Y dicen que si el dueño de la casa, don Pedro Ruiz...

Menudas fiestas se han celebrado en esa casa!... Canuto, que ha trabajado dentro, puede decirle a usted lo que hay.

Y Canuto, un simpático vallecaco, que a veces actúa de alguacil, repite, ante los oídos asombrados de sus paisanos:

En el piso de arriba, a la derecha, hay dos habitaciones con unas pinturas muy artísticas. Pues allí venían a bailar los reyes en tiempos de Isabel II. Y en la leyenda del pueblo hay, como siempre, una parte de verdad. La casa es, efectivamente, un mayorazgo del siglo pasado. Los zarpazos de la vida y abulia de sus propietarios fueron dejando la cuantiosa fortuna en manos de abogados y usureros, y cuando el último de la dinastía—no se le conoce sucesión ni parientes próximos colaterales—entró en posesión de la casona solariega, no encontró en ella más que polvo, pergaminos y restos de la pasada grandezza de su casa...

La pobreza vergonzante había sucedido a las carretadas de oro.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

Don Manuel Ruiz García bordeaba la miseria cuando ha puesto fin a su vida en unas circunstancias extrañas, que dejan colgadas en el aire una serie de dudas que nadie más que él podría desvanecer.

LA MUERTE DEL ÚLTIMO RUIZ

El último propietario del mayorazgo era un hombre huraño, misántropo, poco comunicativo y triste. —¿No está bien de la cabeza!—solían decir los vecinos.

Cerradas a todo el mundo las puertas de la casona solariega, sólo tenía acceso a ella—a la parte baja, donde ocupaba dos únicas habitaciones, misérrimamente amuebladas—Eloisa Fernández Sánchez, una criada que lleva trece años sirviendo a don Manuel Ruiz, con el que tiene—según ella—dos hijos, además de los cinco que conserva de su primer matrimonio: cuatro muchachos, de veintidós, veinte, diez y ocho y doce años, y una chica, Aurelia Cuenca, que ayudaba a su madre al cuidado del mayorazgo.

Estas dos mujeres son las que el miércoles, a las seis de la tarde, se presentaron en el Juzgado Municipal de Vallecas.

Don Antonio—dijo Eloisa al juez—. No sabemos nada de mi señor desde el sábado... Hemos llamado repetidas veces, sin que nadie conteste.

¿No acostumbra a faltar de casa?

Ya saben ustedes que no salía casi nunca. Además, nos lo advertía. ¡Ay! Me temo que haya ocurrido alguna desgracia... Los visillos de la ventana de su alcoba no están en la forma que él los dejaba cuando estaba ausente.

¿No creen ustedes que pueda estar en algún sitio?

En ninguna parte nos dan razón de él... Hemos ido a la Posada del Peine, donde estuvo cuando el pleito con D. J. G., y nos han dicho que por allí no le han vuelto a ver... Nos aseguró que no iba a salir de casa... Debe de haberle ocurrido alguna desgracia...

Y el Juzgado, atravesando entre los escombros de las cuadras, que fueron derribadas con motivo del citado pleito con D. J. G., forzó la puerta trasera del zaguán y entró en la casa.

Y tras el Juzgado, los redactores de LA LINTERNA, únicos que presenciaron los primeros trabajos, y que con don Antonio Díaz Garrido, su secretario, y el te-

En la habitación del mayorazgo, la cama estaba empapada de sangre, y sobre la mesilla había una navaja de afeitar y una vela consumida.

niente de la Guardia Civil don Román Lasheras, a la luz de una linterna—no hay electricidad en la casa—descubrieron el cuerpo sin vida del último mayorazgo de Vallecas que, colgado del montante de una despensa y chorreando sangre por profundas heridas abiertas en el cuello, que dejaban ver la tráquea seccionada y los músculos colgantes, nos miraba a todos con su invariable cara triste, en cuya boca la lengua, hinchada por la asfixia, parecía poner una mueca de burla.

PERO EN EL CAMINO DE UNA HABITACION A OTRA NO SE ENCUENTRAN HUUELLAS DE SANGRE

En las habitaciones de la vieja y amplia casona del mayorazgo no hay más que... polvo. De cuando en cuando, un arca, un antiguo baúl, que recuerda el esplendor de la casa; un bargeño, un mueble de estilo... Todo destartado, sin orden, sin cuidado...

Junto a la puerta de entrada hay una habitación entarimada, el cuarto de "estar", y al fondo de esta habitación, una miserable cama de hierro, cuyas ropas están negras por la sangre. Al lado de la cama, una mesilla, tosca y pobre, sobre la que se ha con-



La casa solariega de Vallecas no ha perdido su prestancia, a pesar de todo.



La gente, en plena noche, comenta el suceso.

El cuerpo del último mayorazgo de Vallecas, colgado de un montante, nos miraba a todos con su cara triste.

En la fachada de la casa campea el escudo de esta familia hidalga, caída en la miseria.

En todo el camino recorrido por el suicida no se ve una mancha de sangre.

sumido una bujía, y una navaja de afeitar con la hoja empañada, como si se hubiera limpiado la sangre de una manera burda; por ejemplo, pasando los dedos por ella...

La hipótesis más generalizada—sólo una destacada autoridad opinaba en contra—fué la de que se trataba de un suicidio. Don Manuel García Ruiz pensó ahorcarse, y preparó en el montante de la despensa la cuerda de la que había de colgarse. Más tarde buscó la muerte en el filo de una navaja barbeta.

Echado en la cama, se dió dos cortes en el cuello. La muerte tardaba en llegar, y entonces anduvo hasta el lugar donde tenía preparada la cuerda y se colgó. La violencia del golpe aumentó la profundidad de las heridas, y la sangre volvió a afluir, y formó bajo el cuerpo del suicida un nuevo charco de sangre...

Pero... desde la alcoba hasta la despensa hay un trayecto de más de diez metros sin una sola huella sangrienta. ¿Por qué? Don Manuel García Ruiz, después de seccionarse la tráquea, tuvo que levantarse de la cama, y a tientas, como demuestra la bujía consumida sobre la mesilla, atravesar la habitación, salir al zaguán, cruzar tres puertas, entrar en la despensa, subirse a una silla, meter la cabeza en el nudo corredizo y dejarse caer. ¿Y todo ello sin dejar una mancha en el camino! ¿Y con las manos completamente limpias, según comprobó el examen del médico forense!

OTROS HALLAZGOS...

Los agentes de la Brigada de Investigación, dirigidos por el comisario señor Cano, no lograron encontrar señales del paso del suicida. Pero debajo de la cama encontraron unos metros de flexible, con su correspondiente nudo corredizo, manchado de sangre; un pañuelo de seda y un trocito de flexible idéntico a otro que apareció sobre la solapa del traje del muerto... Las puertas aparecían cerradas herméticamente. La que había forzado el juez tenía el cerrojo atado por un nuevo cable.

Es imposible que por aquí haya salido nadie.

Desde aquel día—me dice el alguacil—se acentuaron su locura y su tristeza. No volvió a hablar con nadie. "Para que no le mataran o tener que matar a alguien", se marchó a vivir a Madrid, y estuvo seis meses en una posada. Es la única vez que ha faltado de aquí.

Lo que no aparece es el dinero. No tendría.

Pues yo sé que hay quien le debe cuatrocientas pesetas de la renta de unas viñas.

Tampoco han aparecido los recibos de la contribución...

Ni el árbol genealógico. Indudablemente, se trata de un suicidio. ¡Era un hombre muy raro!...

Y la misma destacada autoridad sigue opinando: A mí, lo que me parece raro es lo del suicidio. Porque...

LA MADRE DE SUS DOS HIJOS

Un momento, antes de que el teniente de la Guardia Civil decretase la prisión preventiva de Eloisa Fernández Sánchez, hemos podido conversar con ella.

¿Quién entraba en la casa?

Nadie, señor—contesta con los ojos llenos de lágrimas esta mujeruca sencilla—. Sólo mi hija Amelia y yo. Veníamos a las ocho y a las doce, y ya no volvíamos hasta el día siguiente.

¿Cuántos años llevaba usted al servicio de este señor?

Doce... ¿Qué desgracia, Dios mío! Estuvo bromeano toda la tarde, para después hacer eso... ¿Yo no sé nada, señor! ¿Qué culpa tengo yo?

Y cae accidentada. Cuando se repone seguimos: ¿Es verdad que tiene usted dos hijos?

Tengo siete, el mayor de veintidós años. Cinco son de mi primer marido.

¿Y los otros?

Manuela y Carmen son hijas de don Manuel. Y, a pesar de eso, ¿seguían ustedes hablándose sin confianza?

Como él era tan señor!... Todos los domingos venían las chiquillas a verle. Les daba diez céntimos para chucherías; pero no las permitía pasar a las habitaciones.

Eloisa Fernández, que llevaba doce años de sirvienta con el mayorazgo, habla con nuestro compañero.

Desde el fondo de esta habitación, donde dormía, tuvo que atravesar este pasillo, sin dejar una gota de sangre.



Desde fuera no se puede hacer toda esa serie de operaciones.

¿Y la puerta de la calle?

Con sus cerrojos echados y una madera que ponía el muerto para evitar que alzasen el picaporte.

¿Y esta escalera?—preguntó el comisario señor Cano señalando a una puerta con entrada en medio punto.

Conduce a las habitaciones superiores.

Vamos a verlas.

Hay una dificultad. La llave, de la que, según la mujer que le asistía, no se separaba nunca don Manuel, no aparece por ningún lado. Y eso que lo hemos revuelto todo...

Se fuerzan las puertas...

Y se forzaron... Entre muebles viejos y ricos atravesamos más habitaciones destartadas. Sobre la campana de la chimenea de una artística cocina, y al lado de una docena de espuelas, había cuarenta cáscaras de huevo. Entre el polvo de una mesita Luis XV asomaban cajas de cerillas, billetes de ferrocarril...

¿Qué hombre más raro! ¿De qué cosas hacía colección!

Ya les he dicho a ustedes que tenía un poco perturbadas sus facultades mentales.

¿Y era el dueño de todo esto?

Sí... Aunque no tenía los títulos de propiedad... Sin embargo, él era quien pagaba la contribución. Hace poco tuvimos que embargarle, porque se negó a cumplir una orden del Ayuntamiento... En otra ocasión, un abogado de aquí, constituido en mandatario judicial, intentó despojarle de la casa, y hasta derribó gran parte de ella. Yo tuve que pararle los pies: "O deja usted la casa o le meto en la cárcel." Don Manuel era un pobre hombre, que no se metía con nadie.

Desde aquel día—me dice el alguacil—se acentuaron su locura y su tristeza. No volvió a hablar con nadie. "Para que no le mataran o tener que matar a alguien", se marchó a vivir a Madrid, y estuvo seis meses en una posada. Es la única vez que ha faltado de aquí.

Lo que no aparece es el dinero. No tendría.

Pues yo sé que hay quien le debe cuatrocientas pesetas de la renta de unas viñas.

Tampoco han aparecido los recibos de la contribución...

Ni el árbol genealógico. Indudablemente, se trata de un suicidio. ¡Era un hombre muy raro!...

Y la misma destacada autoridad sigue opinando: A mí, lo que me parece raro es lo del suicidio. Porque...

LA MADRE DE SUS DOS HIJOS

Un momento, antes de que el teniente de la Guardia Civil decretase la prisión preventiva de Eloisa Fernández Sánchez, hemos podido conversar con ella.

¿Quién entraba en la casa?

Nadie, señor—contesta con los ojos llenos de lágrimas esta mujeruca sencilla—. Sólo mi hija Amelia y yo. Veníamos a las ocho y a las doce, y ya no volvíamos hasta el día siguiente.

¿Cuántos años llevaba usted al servicio de este señor?

Doce... ¿Qué desgracia, Dios mío! Estuvo bromeano toda la tarde, para después hacer eso... ¿Yo no sé nada, señor! ¿Qué culpa tengo yo?

Y cae accidentada. Cuando se repone seguimos: ¿Es verdad que tiene usted dos hijos?

Tengo siete, el mayor de veintidós años. Cinco son de mi primer marido.

¿Y los otros?

Manuela y Carmen son hijas de don Manuel. Y, a pesar de eso, ¿seguían ustedes hablándose sin confianza?

Como él era tan señor!... Todos los domingos venían las chiquillas a verle. Les daba diez céntimos para chucherías; pero no las permitía pasar a las habitaciones.

¿Qué tenía en el piso de arriba?

No lo sé. Muchas veces le dije: "Don Manuel, ¿por qué no me da usted las llaves para limpiar el polvo?" Y me contestaba: "Déjelo usted. No hace falta. A esas habitaciones no entra nadie más que yo..."

¿Y no notaron nada anormal?

El sábado mandó que quitásemos toda la fruta que había en los árboles. "Está verde"—le dije—. Y replicó: "No importa; quítela. Así no la aprovechará nadie."

Vinimos el domingo, y ya no nos contestó nadie. El lunes fué mi hija Amelia a la posada, y no lo encontró. Por fin, el miércoles, nos decidimos a dar aviso al juez.

Hay quien dice que el mismo sábado Eloisa sostuvo una conversación, ya vieja, con su señor:

¿Cuándo me va usted a reconocer las chicas, don Manuel? Usted va siendo viejo, y un día cierra el ojo y se quedan en la calle.

Ya me ocuparé de eso... No te preocupes... Las chicas quedarán bien.

Es que, como usted es tan "deja", a lo mejor...

EL MAYORAZGO, A PUNTO DE IR A LA FOSA COMUN

Nuevas investigaciones policíacas han logrado encontrar la llave que faltaba...

La sirvienta del infortunado don Manuel ha sido puesta en libertad.

Y, aunque el dictamen de autopsia parece que se muestra de acuerdo con la hipótesis del suicidio, nosotros—y con nosotros mucha gente—seguimos en la duda...

Ya la tierra cubre el cadáver del mayorazgo de Vallecas, enterrado en el cementerio del vecino pueblo madrileño.

No tenía un céntimo para el entierro...

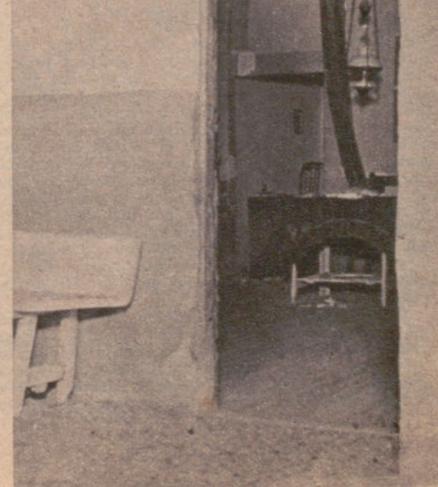
El abogado del señor García Ruiz reclamó inútilmente a D. S. S. el pago de una deuda de cuatrocientas pesetas que tenía con el mayorazgo.

Ya no le hacen falta—contestó el deudor.

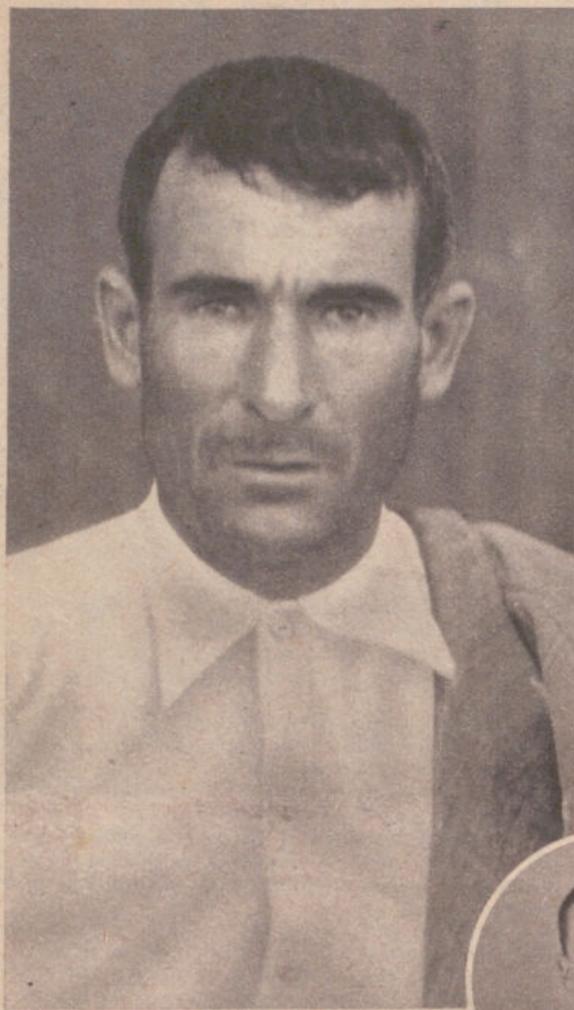
Y, de no mediar la generosidad del señor Alonso Castrillo, el actual mayorazgo de Vallecas, heredero del esplendor nobiliario de sus antepasados—sólo de eso—, hubiera ido a buscar en la fosa común la felicidad que le negaron los hombres de su tiempo.

(Fotos Almazán.)

A. V.



EL "BARBA AZUL" ASESINADO



protestar del atropello. Lo aguantó, temeroso, el marido, y lo sobrellevaba con espanto la mujer.

Cierta noche, el "Soro" asestó una tremenda puñalada a Juliana. Esta, aterrorizada, se arrojó por una ventana a la calle, mientras el matón acuchillaba al marido. Murió la amante, y el marido, al curar, desapareció de Farasdúes. Los dos hijos del "Soro" fueron a un hospicio, mientras el criminal ingresaba en presidio a cumplir dos años escasos de castigo para tal hazaña.

Más provocador, con peores instintos, volvió el "Soro" al lugar. Apenas transcurridos unos meses, por miedo, obligó a ser su amante a una vecina de Egea de los Ca-

Marciano Iris, amenazado e insultado por el "Barba Azul" de Cinco Villas, le mató en un camino.

Su madre, una anciana ciega, pide justicia.

bia de nacer. El asesino, de un tajo, le rebanó la cabeza.

Gritaron las vecinas, blasfemaron los hombres, se amotinó el pueblo, y el "Soro" huyó hacia el río, perseguido por una nube de vecinos, armados de hachas, cuchillos y palos.

Viéndose perdido, el matón de Farasdúes se disparó un tiro en la cara, y junto a unas rastrojeras de la vega cayó pesadamente. No movía un músculo. Estaba envuelto en sangre.

—¡Está muerto, está muerto!— gritaban las mujeres, pinchándole con sus navajas en brazos y piernas—. Una vecina le arrimó un tizo ardiendo a la cara. El "Soro" seguía inmóvil, blanco el color y la mirada vidriosa.

—¡A quemar el cadáver! ¡A quemarlo!

Y cuando ya las mujeres se disponían a prenderle fuego, acudió la Guardia Civil, y tras no pocos esfuerzos, se logró evitar que se llevara a efecto la venganza del pueblo.

Llegaron los sepultureros, cargaron el cuerpo del asesino en unas parihuelas, y a la cárcel lo llevaron, para evitar que el enfurecido vecindario se apoderase del "cadáver" en el depósito del cementerio.

Apenas había traspuesto la fúnebre comitiva el rastrillo de la prisión, en el momento en que fueron cerradas las puertas para que los vecinos no penetraran en el interior, ante el asombro de guardias, alguaciles y hombres de Justicia, el "Soro" dió un salto de tigre sobre las parihuelas donde todos le creían muerto.

—¡De buena me he escapao! ¡Esos bestias me hubieran decuartizado!

Al día siguiente, en actitud amenazadora, se congregó ante la cárcel de Egea todo el pueblo. Para sacar al "Soro" de la villa fué precisa la intervención de veinte parejas de la Guardia Civil. Al arrancar el coche, cayó sobre él una nube de pedradas. El 2 de octubre del año 1922, el matón de Farasdúes fué condenado a muerte por la Audiencia de Zaragoza. En el mes de junio de 1923 era indultado, y al penal de Figueras marchó a cumplir una cadena perpetua. En mayo de 1933 salía de presidio, indultado de casi toda la pena, y acogido a los beneficios de la libertad condicional. Salió como había entrado, con la misma mala entraña, con los mismos rencores y la misma bravuconería.

A Zaragoza fué, al amparo de una hija casada que allí tiene, y vivió con ella escasamente seis meses. La golpeaba, la amenazaba, y hubo de terciar la autoridad por denuncia del marido. El "Soro", fuera de su ambiente, sintiéndose vigilado, no sólo por la Policía, sino por su yerno, hombre no fácil de amedrentar, optó por volver a Farasdúes.

—Más miedo me tienen allí que al cólera. Allá viviré sin trabajar y con hembra al lado, que alguna habrá que se acuerde de mi historia. A las mujeres les gustan los hombres bravos.

Y a poco apareció en Farandúes.

LOS AMORES DE "BARBA AZUL"

Había cambiado el pueblo. Pronto se dió cuenta de ello el "Soro". Hogaño, las mujeres no se ame-

El niño que inocentemente descubrió al autor.



La mujer y las pequeñas hijas del autor se abrazan asustadas

El Juzgado de Gea, en el lugar del hecho.

balleros, llamada Primitiva Jiménez Abad.

—¡Mariano! Esto no puede seguir; voy a tener un hijo y no quiero que se avergüence de no tener apellidos. Eres libre y debemos casarnos —dijo cierta mañana Primitiva al "Soro".

—¿Hacer casorios con "tú"? —exclamó siniestro el matón de Farasdúes—. Ahora te daré yo boda.

Y el "Soro", empuñando un gran cuchillo, se lanzó sobre la desventurada mujer y la cosió a puñaladas. Una de las heridas le abrió el vientre, y por él salió, aún con vida, el hijo que ha-



EL "SORO" VUELVE A SU PUEBLO

CORRÍA el estío del año 1933. Sobre la paz del lugar cayó la noticia como anuncio de desgracias.

—Mañana llega el "Soro"...

—Eso dijo el ordinario...

—El del molino le vió ayer en el "mercao" de Zaragoza.

—El muy "creminal" no tiene reparo ni vergüenza.

—Otra vez volverá a las andadas, y tendremos "paciencia" de que pierda a las mujeres y comprometa a los hombres.

Por la alegría de las eras corrió un aire de espanto. Desaparecieron de los trillos las mozas casaderas y las casadas jóvenes. Las manos de los hombres hurgaban nerviosas en las fajas, buscando los cuchillos y las pistolas.

... Y llegó el "Soro", guiñando torvamente sus ojuelos. No había cambiado. Los años en presidio le habían hecho más fuerte. Nadie hubiese dicho que llevaba sobre los fornidos hombros más de medio siglo. Balanceándose sobre sus piernas de acero, atravesó el pueblo. Sonreía, siniestro, ante el pavor que su presencia despertaba en el lugar, y llegó hasta la casa de la única hija que allí vive. Entró resuelto, tiró las alforjas en el pórtico y a gritos llamó a su hija Presentación.

—¡"Presen"! ¡"Presenta"! ¡Que ya he "llegao"!

Livida, apareció la hija, que le abrazó sin alegría, temblando, presintiendo todo el dolor que la vuelta de su padre había de llevar al pueblo.

—Bien venido sea usted a la casa, padre... ¿Quiere usted almorzar?...

LAS HAZAÑAS DEL "BARBA AZUL" DE CINCO VILLAS

En lo alto de un cerrillo, en pleno riñón de la comarca aragonesa de Cinco Villas, está enclavado el pueblo de Farasdúes, famoso por sus vinos espesos y su trigo de secano, tan codiciado en la provincia.

Allí, jaque y bravucón, cobraba, el barato por el año 17 Mariano García Bueno, alias "el Soro". Contaban las gentes que no vivía más que para provocar a los hombres y atropellar a las mujeres. Buen cuidado tenían éstas de averiguar todos los días a qué parte del término municipal había salido el matón del pueblo. Ninguna se aventuraba por aquella ruta. Sabían que un encuentro con el "Soro", tan aficionado a la mujer ajena, era peligrosísimo. Recordaban que, meses atrás, su propia mujer, desesperada por el mal trato, por los disgustos y las infidelidades, acabó con su vida tirándose por una ventana. El "Soro", al volver de podar unas viñas y enterarse del suicidio de su mujer, exclamó indiferente y maligno: —"La" Juana era mujer de conocimiento. Estaba vieja y fea. Ya sabía ella que no me servía para "na".

El "Soro" siguió su vida de matón. Temblaban las dos hijas con quienes vivía. El mayor halago del padre era algún golpe o alguna injuria. Por bravo se metió en la casa de un vecino, y por matón hizo su amante a la mujer. Con ésta, que se llamaba Juliana Navarro Casabona, tuvo dos hijos. Nadie se atrevió

DE CINCO VILLAS, EN UN CAMINO

drentaban al verle. Los hombres no temblaban, a pesar de su historia. El mocerío le desafiaba con la mirada, mientras las manos se adentraban, a la expectativa, en las fajas. El "Soro" ya no era temido. Lo vio y marchó a buscar mujer fuera de la villa.

En Zaragoza las encontró. Vivía a costa de una verdulera de la plaza de San Lorenzo, llamada María, y de otra mujer, Petra Asín, domiciliada en la calle de la Luna. El "Barba Azul" de Farasdués llegaba a la capital a últimos de mes, se entrevistaba con sus dos amantes, comía a su costa varios días y les sacaba el dinero para el viaje de vuelta.

—El día que no me hagáis caso os degollaré, como a las otras.

Y todos los meses, el "Soro" regresaba al lugar, satisfecho, contento y con unos duros en el bolsillo, que se gastaba en las tabernas de Farasdués.

"¡HAN MATADO AL SORO!"

Por todas las puertas del caserío de Farasdués, por las eras del término, corrió el rumor como si fuera una traca:

—¡Que os digo que es verdad! ¡Que le han "matao"!

—¡No es posible que tal justicia sea hecha!

—¡Que "sus" digo que sí! Teodoro el del molino lo ha "encontrao" en el camino de la Rodaja, cosido a puñaladas en un ribazo. Para allá salió la Justicia.

Y hombres y mujeres, chicos y ancianos, corrieron al lugar señalado. Verdad era: pegado al ribazo, en un terreno plano, encorvado por los estertores de una horrible agonía, estaba el cadáver del matón temido en Farasdués. Junto a un juncal comenzaba un reguero de sangre formando zigzag. Allí debió de ser acometido por primera vez. A unos ciento sesenta metros debió de caerse el "Soro", sin fuerzas ya para huir. Allí le remató su agresor. Le aseguró bien. Un tiro de pistola automática le atravesaba los dos pulmones. Después, diez y nueve puñaladas habían acabado con su vida. Tenía el vientre desgajado, los intestinos fuera, el corazón atravesado dos veces y la cabeza casi separada del tronco. Nadie había visto nada, a pesar de ser un camino al descubierto, cercano al pueblo, y haber ocurrido el hecho a las dos de la tarde y en un día espléndido de sol. Farasdués entero, si no se alegró del asesinato de aquel hombre, que al fin era un motivo trágico para el lugar, tampoco lo sintió. Nadie, ni su propia familia. Algún pariente más comunicativo decía al reportero:

—Era una cosa que tenía que ocurrir. Había hecho mucho mal en este Mundo, y eso no se perdona nunca.

EL SILENCIO ANTE LA JUSTICIA

Comenzó a actuar la Justicia. Nadie había visto nada. Ni mujeres ni hombres que por aquel camino circulaban a la misma hora del hecho, vieron nada. Frente a los hábiles interrogatorios del juez, la respuesta negativa de los campesinos.

—No sabemos nada. No hemos visto nada. No

El primer detenido fué un sobrino del "Soro", Agapito Garcés.

El "Barba Azul" quedó muerto en el ribazo del camino, todavía con un gesto siniestro.



sospechamos de nadie... Eso fué un castigo de la Providencia para tanto crimen y asesinato como él cometió.

La Justicia se desconcertaba ante esta pasividad del vecindario. Ni la propia familia del "Soro" tenía interés en que el hecho se descubriera. Otra confusión para la Justicia era aquel disparo de pistola automática. Por aquel terreno no se manejaban esta clase de armas. Se detuvo a un sobrino del muerto, Agapito Garcés Lahuerta. El "Soro" salió de su casa al filo de las dos a apacentar una burra. Cinco minutos antes, por el mismo camino, marchaba su sobrino. Este no había oído detonación alguna, ni discusión, ni gri-

Teodoro "el del Molino" encontró el cadáver del "Soro" en el camino



rogó a un chiquillo de ocho años que se encontraba en una viña, muy cerca del lugar del hecho, y este muchacho descubrió inocentemente al autor. El propio juez, secretario de la Guardia Civil, llegó hasta el campo, interrogó a un labriego de escuálida figura y mirada temerosa, y éste, a las primeras de cambio, sollozando, de rodillas ante el representante de la Justicia, contó la verdad.

—Sí, señor. Yo he sido. No podía más. Me acosaba a toda hora, me amenazó con matarme, me injuriaba... Hubiera acabado conmigo, y eso no, que siempre fui "honrao", trabajador e incapaz de hacerle daño a nadie.

De momento, la Justicia no quiso saber más. Al pueblo fué llevado el autor del crimen, y al ser sacado de la Casa-Ayuntamiento de Farasdués, todo el vecindario en masa le aplaudió.

—¡Que le suelten! ¡Que le suelten!

Al arrancar el coche, el agresor dijo:

—¡Amigos: yo lo he "matao"! Mientras sufro el castigo de la Justicia, acordaos de mis pobres hijas, de mi madre ciega, que soy pobre y mañana no tendrán qué comer.

LA ULTIMA HAZAÑA DEL "SORO"

He hablado con el autor de la muerte de este "Barba Azul" de calzón corto y pañuelo a la cabeza.

—Yo soy un hombre "honrao", señor. Jamás, ni de mozo ni de "casao", tuve pependencias ni me vi preso por ningún desavío. No me quedaba tiempo. Con mi pobre jornal, cuando le hay, he de mantener a la mujer, a la madre ciega y a mis seis hijas. Me salió una tierra que sembré para coger algo de cosecha y tener pan para el año. Cuando fui a cogerla, el "Soro" me amenazó de muerte, y hube de partir con él. Después, un día, estando yo en el campo, aquel asesino de mujeres se metió en mi casa, trató de ofender a la mayor de mis hijas, que apenas cuenta doce años. La tuve que mandar a Egea. Entonces se fijó en mi mujer. Cierto día pretendió atropellarla. Gritó la pobre. Llegaba yo en aquel momento y, al sentir mis pasos, el "Soro" huyó mascullando amenazas. Y ya no aguanté más. Le esperé en el camino, me insultó y, al verme la pistola en la mano, gritó:

—¡No tires, que no te mataré!"

Disparé diciéndole:

—¡Como no me mates ahora, ya no tendrás ocasión de hacerlo!"

Al sentirse herido, sacó el "Soro" un cuchillo y vino hacia mí como una fiera. Desvié su acometida y le apuñalé. Corrió vacilante un centenar de metros y cayó muerto. Huí desesperado, al ver que la desgracia había prendido para siempre en mi casa. Y aquí estoy. Venga el castigo que la Justicia me imponga; pero libré ya al pueblo y sus mujeres de aquel asesino que fué su azote. ¡Pobres de mis hijas, que morirán de hambre por no tener a su padre!

Y así es, en efecto. Dejamos al desventurado Marciano esperando el fallo de la Justicia en esta cárcel rural de Egea de los Caballeros, mientras en Farasdués una pobre mujer habrá de pedir limosna.

JOSÉ QUILEZ VICENTE

(Fotos Martínez Gascón y Barrera.)



Por la ventana más alta de esta casa, se arrojó la primera mujer del "Soro", asustada del criminal.

Nuestro enviado habla con la hija del "Soro".

tos. A los tres días hubo que ponerlo en libertad. Se hicieron indagaciones. Con nadie se había peleado la víctima desde que volviera del presidio. No se sabía o no se quería decir. Y la muerte del matón de Farasdués era una pesadilla para las autoridades, que veían a los autores marchar hacia la impunidad...

APARECE EL AUTOR

El juez, señor Aizpún, no cejaba en su deber. Personalmente marchó al pueblo, descubrió un hilillo de la tragedia, inte-

◀ EN BARCELONA HAY UN LADRON ▶ QUE TENIA RELACIONES CON EL DIABLO

No se puede decir que José Veciana sea un delincuente vulgar, ni siquiera se le puede llamar mala persona.

—Me tentó el diablo—exclamó lloriqueando cuando le detuvieron.

Y es verdad, le tentó el diablo. Porque José María Veciana, desde que nació, hace cuarenta y tres años, nunca se apoderó más que de pequeñas cosas: una pluma estilográfica, un par de pesetas, alguna que otra cucharilla; en fin, objetos sin importancia y de poco valor.

—Un robo de éstos como para salir en los periódicos no lo cometí nunca, señor comisario—dijo, exculpándose—. Siempre he sido un hombre cabal.

—¿Por qué dejaste de serlo?

—Me dió un "aquél"... El "dimonio", que me anda por el cuerpo y no puedo echarlo fuera. La señora Paca me había dicho: "Si quieres tener contento al "dimonio" que te anda por el cuerpo, pon en una bandeja todas las noches, antes de acostarte, hasta trescientas ruedas de duros y un par de zapatós nuevos. El "dimonio" podrá calzarse los zapatos y cruzar la frontera con el dinero suficiente para sus necesidades. De esta manera te librarás de sus maleficios."

—¿Dónde vive la señora Paca?

—La enterraron va para dos meses. Toda la parroquia asistió al entierro.

—¿De qué hacía?

—Era una curandera que, con perdón, sabía más que el doctor Cunill.

—Estás tratando de engañarnos.

—¿Se lo juro por mis hijos!

—Buena pieza estás tú hecho. Juras por los hijos que no tienes.

—Ahora que ya eché al "dimonio", los tendré. La señora Paca...

—Déjate de historias. Explica cómo te apoderaste de todo eso.

Daba angustia oír la narración del desgraciado Veciana. Los lagrimones le corrían por las mejillas, y sus vagidos parecían los de un recién nacido. No quería abusar de la confianza que sus señores depositaran en él, pero a la ocasión la pintan calva, y Veciana la cogió por los pelos.

—El "dimonio", señor comisario.

José Veciana estaba al servicio del doctor Cunill. Abría la puerta, hacía la limpieza del despacho, cumplía los encargos diligentemente. No había ninguna queja suya. Le pagaban espléndidamente, y él cumplía bien. En Veciana confiaban sus señores ciegamente, porque sus señores desconocían el secreto que atormentaba la vida de aquel hombre, del que se había apoderado furtivamente el espíritu del mal. Seguro de su "intachable" honradez, el doctor Cunill, su señora esposa y su hijo abandonaron su casa del paseo de Gracia y fueron a pasar el verano a una playa de la costa catalana.

—Cuidanos el piso, José María—le indicaron—. Ya te avisaremos nuestro regreso.

—Descuiden, señoritos, pueden marchar tranquilos.

Al principio, José María se ocupó de enfundar los muebles, cubrir con tules las lámparas, sacudir el polvo y darle brillo a los metales.

—El "dimonio" lo tenía como "atontoliao". Me dejaba tranquilo y yo hasta cantaba. Después se fué despertando, me daba sacudidas, no me dejaba dormir, y de

José María Veciana, autor del robo, y el hijo del doctor Cunill, que reconoció al autor y los objetos.



Algunos de los objetos robados por el extraño cleptómano. Arriba, el agente señor Onrubia llega al Juzgado con el perjudicado, doctor Cunill. (Fotos Gonsanhi.)

día y de noche me obligaba a rondar la caja de hierro del doctor Cunill y las vitrinas del comedor, donde guardaban los servicios de plata. Si me quería ir de allí, el "dimonio" no me dejaba. Y, al oído, no hacía más que decirme:

—¡Ahora, José María, que "pa" luego es tarde!...

—Si me dejas dormir un par de horas—le prometí—, mañana arrampo con todo.

—Pues invítame a tomar unas copas"—repuso el "dimonio".

Temblando de miedo, fui al comedor y abrí una botella de Jerez. "Bebe conmigo"—me ordenó—. Yo quería acabar pronto y beber. Nos zampamos dos botellas, me metí un cigarro puro en la boca, y luego, de unas chupadas, ¡zas!, caí al suelo tan largo como soy.

Estuve a punto de ir al día siguiente a avisar al doctor. Me faltó valor, y tuve miedo de que el "dimonio" descubriese mi pensamiento. Así fué, en efecto. Me amenazó, me llamó de todo, y...

—Robaste...

—Esa palabra no me la diga usted, que me pone muy nervioso.

—No seas cínico y sigue contando.

—Yo solo no podía forzar la caja de hierro.

—¿Quién te ayudó entonces?

—Una palanqueta.

—¡Ah, vamos!

—Revolví los documentos, y no hallé ni una perra gorda. Después supe que la caja tenía un secreto, y en ese secreto estaba mi salvación. ¡Si lo hubiese descubierto! No me hubiese apoderado de las treinta y cinco mil quinientas pesetas. Con la mitad, el "dimonio" habría tenido bastante. Como no di con el secreto, abrí las vitrinas del comedor, y en una bolsa fui metiendo lo que por instigación maligna me venía a la mano: monedas de oro, monedas de plata, unos gemelos de teatro con diamantes, tres máquinas de retratar, un aparato de proyecciones de cine, un violín, una mandolina, un monedero de oro y otro de plata, tres estuches de cubiertos, un juego de entremeses, un estuche de plata antigua para doce, bandejas de plata, puños de bastón, ¡qué sé yo! El "dimonio", con los cuernos, me iba señalando: "Coge eso y eso otro." Yo sudaba, me temblaban las piernas, tenía la boca seca...

—Así que la bolsa estuvo llena, me dijo: "Ahora ve en seguida a pignorarlos." Marché a vender, a empeñar... Andan muchos granujas por esas calles, señor comisario. Han llegado a ofrecermé tres duros por una bandeja de plata que, por lo menos, valía cuarenta. Malvendí, esa es la verdad. Volví a casa del doctor Cunill, y el "dimonio" me habló al oído: "Siéntate a escribir." Me senté y él dictó: "Señor Cunill, me voy para mi casa, porque mi mujer se puso enferma; si quiere algo, no tiene más que mandar a éste que lo es, José María Veciana."

Pero, antes de dejar el piso, todavía el espíritu me forzó a coger once cajas de cigarrillos puros y siete botellas de vino de Jerez, y más tarde, nos bebimos cuatro, mano a mano, en mi domicilio. Estuve dos días durmiendo, y vinieron a despertarme los señores agentes...

—¿Sabes el valor de lo que te llevaste?

—No, señor.

—Más de doce mil pesetas. ¿Dónde están los servicios de plata que faltan?

—No puedo decirselo.

—Pregúntaselo al "dimonio".

—Ya me ha dejado libre.

—¿Libre? Vas a pasar unos años a la sombra.

—La Justicia me absolverá. Yo soy un hombre honrado; nunca hice mal a nadie, señor comisario; soy honrado...

LA ÚLTIMA NOCHE DE UN AJUSTICIADO

COMO es sabido, el ajusticiado, en su última noche, está atendido por esos hombres serios, rígidos y compasivos que se llaman los Hermanos de la Paz y la Caridad.

Nuestra curiosidad nos lleva a los archivos de esta archicofradía, donde se guardan los trágicos utensilios que usa el reo desde que entra en capilla hasta que desaparece del mundo de los vivos.

Sabido es que los fundadores fueron: Juan II de Castilla, de la Cofradía de la Caridad, y Felipe II, de la de la Paz, y que después estuvo protegida por todo un cortejo de reyes y príncipes.

Actualmente la preside el ex duque de la Unión de Cuba, y entre sus miembros figuran prestigiosas personalidades.

La parte estadística se recoge en cinco volúmenes conservados primorosamente. La nómina es por lo tanto kilométrica; el brazo secular de la Justicia, aunque con intermitencias, trabajó lo suyo. La primera ejecución lleva fecha de agosto de 1687, y la última tuvo lugar el 9 de mayo de 1924 (crimen del expreso de Andalucía).

No hay que decir que todas se verificaron en Madrid y su provincia, que es hasta donde se extiende la jurisdicción de la hermandad.

En estos doscientos cuarenta y tres años murieron a golpe de fusilería, en horca o garrote 1.070 individuos, entre los que hay que contar cerca de un centenar de damas, aun cuando haya quien diga que la mujer es débil...

LIMOSNA "PARA EL ALMA DEL QUE VAN A AJUSTICIAR"

Dato muy curioso al lado del nombre del despenado es la cuantía de la limosna recogida por los Hermanos de la Paz y Caridad por las calles de Madrid "para hacer bien por el alma del pobre reo que van a ajusticiar". Y los autógrafos de los ajusticiados que sabían escribir.

Para Riego, ahorcado el 7 de noviembre de 1823, se recaudaron 2.470 reales. Para el cura Merino, 3.562; para Higinia Balaguer, 3.790. En cambio, para Luis Candelas, a pesar de su leyenda de majo y de la extraordinaria simpatía que despertaba en el pueblo, no se recaudaron más que 653 reales, y eso porque hubo una mano anónima y femenina que dió ella sola 200 reales en oro.

De todas las disposiciones testamentarias que figuran también en dicho libro, hay una realmente peregrina por la calidad del sujeto que la formula. Paco el Sastre, lugarteniente de Candelas, muerto

El lienzo que se ponía en la capilla, el farol que ilumina la trágica noche y el cepillo con que se pedía "para el alma del que van a ajusticiar".



Esta hopa amarilla, especial para parricidas y regicidas es la que le pusieron al cura Martín Merino. =>

(Fotos Almazán)

En esta vajilla de plata, sin tenedor ni cuchillo, es donde le sirven al reo la última cena.



en garrote vil dos años después que su jefe—1839—, de los 971 reales a que asciende su limosna, manda con gran encarecimiento que se entreguen doce a un sujeto apodado el Majomo, por debérselo "de ha tiempo y no haber tenido ocasión de restituírselos". Es decir, que el ladrón más empedernido de la ex corte considera las deudas como un compromiso de honor, y antes de entregar su alma al diablo quiere saldar la única que le desazona, para traspasar así los linderos de lo eterno en perfecta serenidad y decoro.

LA ÚLTIMA COMIDA

Es creencia harto vulgarizada por ahí que a un reo en capilla ha de servirle de comer de todo aquello que su fantasía le sugiera, por raro o costoso que sea. No hay tal cosa. Sobre este punto, las ordenanzas de la archicofradía disponen que la comida "sea decente, moderada y suficiente, sin profusión". Y respecto al servicio ordena "que sea todo él de metal, nada de loza o cristal u otra cualquiera materia quebradiza"; que no se pongan en la mesa cuchillos ni tenedores, y, por último, que "el alimento, cuando sea carne, se sirva deshuesada; cuando pescado, sin espina ni escamas; todo ello, como igualmente el pan, partido en pequeños fragmentos, fáciles de pasar sin peligro alguno".

Ahora bien: si en el condumio no se consienten gollerías de ninguna clase, el servicio de mesa no lo tiene mejor ni un rey: platos y pucheros de plata, vasos labrados de lo mismo, jicarillas, portavianas, servilleteros, todo del precioso metal, y tan bruñido y limpio, que no parece que dedos humanos tocaron jamás tan delicados objetos.

LAS HOPAS, EL CRUCIFIJO, EL ESTANDARTE...

Hay en un ángulo de esta sala un arcón pintado de verde que guarda las hopas y birretes que visten los ajusticiados en el instante de subir al patíbulo. Son de gruesa bayeta negra, y para los regicidas y parricidas, del mismo paño, pero en color amarillo.

—Más de 1.000 personas—nos dice don Enrique Moreno, secretario de la archicofradía—vieron llegar la muerte bajo este sayo.

—Don Enrique, ¿qué guardan ustedes ahí en ese armario?

—El estandarte de la archicofradía. Lo bordó con sus propias manos Isabel II, y empleó en él cerca de media arroba de oro fino.

—¿Bien lució el estandarte en su reinado!

—Pues lució..., verá usted—examen de papeles—: en 274 casos. Ni uno más ni uno menos.

—¿Y ese crucifijo?

—Ese crucifijo es el que besa el reo en su último momento y el que preside la ejecución.

—Don Enrique, ¿qué piensa usted de la pena de muerte?

—Que debería desaparecer para siempre en las leyes humanas. Como cristiano viejo, opino que sólo Dios, que da la vida, tiene derecho a quitarla. Fuera de él, nadie.

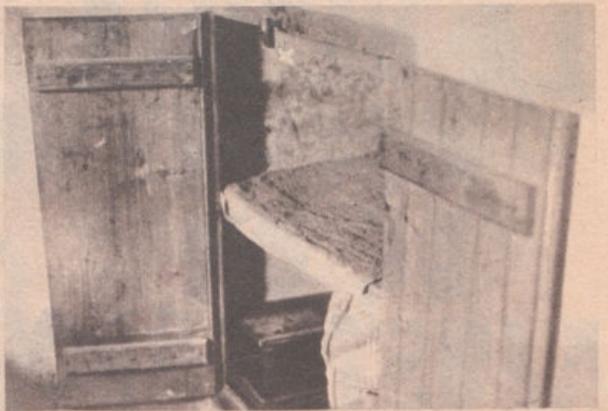
JUAN DE GREDOS





El cabrero Samuel Salinas, muerto misteriosamente cuando dormía la siesta.

Un cabrero de Murcia aparece muerto después de la siesta



En la aldabilla de esta alacena (x) es donde se cree se dió el golpe que le produjo la muerte.

VISPERAS DE ROMERIA

BIEN temprano despertaron en la casa del cabrero. Era día de fiesta. Mañana de romería. El barrio entero—Barrio de Campoamor—acudía en tropel al monte para ver pasar a la Virgen de la Fuensanta. Desde la noche antes, en todos los hogares de Alcantarilla eran idénticos los preparativos.

—¿Que no se olvide nada! ¿Que no falte el pan, que en el monte se come mucho! ¿Habéis puesto el porrón? ¿Acostarse pronto, que mañana hay que madrugar!

En casa de Samuel Salinas, la escena fué la misma. La "abuelica", Josefa González, ayudaba a su hija Salvadora en los últimos "toques" a la cesta de las viandas.

Entre gran alegría se dejó todo terminado. —Ahora todos "pa" el catre—dijo el padre.

Se acostó la familia. Los hijos, con el nervosismo de pensar en el día que se preparaba, no pudieron conciliar el sueño.

"MARCHAOS VOSOTROS, QUE YO TENGO QUE TRABAJAR"

Salvadora, la mujer, observó que su marido no se vestía de fiesta.

—¿Es que tú no vas a venir con nosotros? —preguntó.

—Mejor será que no vaya. Hay mucho trabajo por terminar y luego se atrasa todo. Tengo que repartir y dejar ultimado un buen negocio de venta.

A la mujer le contrarió la respuesta de su marido.

—¿Hombre, por un día no va a pasar nada! Hoy es la romería de la Fuensanta, de la Patrona de Murcia! ¿Vas a trabajar también en fecha tan "señalá"?

—Lo mío no admite espera, mujer. Ir vosotros y divertirlos. No tengáis pesar por mí. Yo me quedo aquí con la abuela.

Y dirigiéndose a Josefa González bromeó:

—¿Verdad, abuela, que lo vamos a pasar los dos muy bien?

La vieja rió de buen grado y asintió.

La mujer y los hijos salieron de casa, camino de la romería. Pasada la contrariedad de los primeros momentos, todo se trocó en alegría.

A poco, el cabrero salía a trabajar. En la cartera llevaba una buena cantidad de billetes de Banco; en el bolsillo del pantalón, duros y pesetas.

"AHORA NO QUIERO MAS QUE DORMIR"

A las dos de la tarde, Samuel Salinas regresó a su casa. Aquel día el calor era insoportable. No quiso comer. Venía extenuado de fatiga.

—¿Cómo se han dado esos negocios? —le preguntó un vecino.

El cabrero contestó satisfecho.

—No ha sido malo el día, "Antoñico"; he dejado arreglada la venta de unas cabras y ya he cobrado la señal. ¡Unos duros que entran en la casa!

—Bien te lo mereces, Samuel, que trabajas como pocom.

—¿Y qué otra cosa nos queda a los pobres?

—No te quejes, hombre, que los habrá más pobres que tú.

—Verdaderamente. ¡La suerte que me ayuda y los hijos que me empujan!...

Bebió un trago de agua fresca y se retiró para su casa. Al pasar por el patio, su suegra le preguntó:

—¿No comes, Samuel?

—No, abuela. Estoy muy "cansao" y no tengo ganas más que de acostarme.

—Haz lo que quieras, hijo; te la dejaré "apartá" para cuando despiertes.

—A las seis, avísame—fueron sus últimas palabras.

Cerca de la hora indicada, Josefa atravesó el patio, y por la puerta posterior, que estaba a medio cerrar, llegó hasta la alcoba de sus hijos para despertar a Samuel. Casi no tuvo fuerzas para seguir. Apenas traspasado el dintel del dormitorio, un cuadro horroroso frenó su voluntad y atenazó sus torpes movimientos. ¿Qué era aquello que contemplaba con espanto? ¿Muerto su yerno? ¿Su Samuel, a quien quería como a propio hijo? No se atrevió a seguir adelante. No podía. Un gran charco de sangre enrojecía las losetas de la alcoba. Sobre la cama, inmóvil, el cuerpo de su yerno en posición decúbite supino.

Sobreponiéndose a su dolor inmenso, sacando fuerzas de flaqueza, la vieja Josefa consiguió llegar hasta la cama.



La esposa del cabrero, dolorida ante la puerta que quedó entreabierta después del misterioso suceso.

—¿Samuel, hijo, Samuel!—gritaba desesperada.

Se acercó hasta la misma cara del yerno. Haciendo un enorme esfuerzo, pudo observarle con todo detenimiento. De la cabeza, y por una pequeña herida en el parietal, corría un hilillo de sangre que se deslizaba a su rostro cadavérico. No había duda de ningún género. Samuel, su yerno, su hijo, estaba muerto.

Dando grandes voces salió a la calle Josefa:

—¿Vecinos, vecinos, auxilio, socorredme!

El revuelo que produjeron en la barriada los desgarradores gritos de la anciana no es para descrito. Josefa, rodeada del vecindario, trataba inútilmente de explicar lo que hacía un instante terminaba de ver.

Un compañero del cabrero—José Carrillo—fué uno de los primeros en atreverse a entrar en la alcoba.

—¿Pero sabe "usté" lo que dice, tía Josefa?

—Entra y lo verás, zagal—respondió.

No tuvo que detenerse mucho José para comprobar la verdad de aquellas palabras.

—¿Qué espanto!—exclamó el mozo al contemplar el cadáver.

—Vuélvele la cabeza, a ver si respira—gimió la suegra queriendo fingir una esperanza.

No se atrevió a tocarlo.

—¿Avisar al juez en seguida! A este hombre lo han "matao".

—¿Qué día de fiesta en esta casa!—lloró la pobre vieja—. ¡Y sus hijos y su mujer de romería!

EL MISTERIO ENVUELVE EL CRIMEN

No tardó mucho tiempo en personarse en el lugar del suceso el Juzgado. Se hizo una detenida inspección ocular. Desfilaron los vecinos ante el cadáver. Nadie podía explicar aquella muerte. No existían sospechas sobre ninguno. Samuel no tenía enemigos. ¿Quién pudo asesinarle? ¿Cuál podía ser el móvil del crimen?

Acurrucada en un rincón, Josefa lloraba sin consuelo.

¿Quién pudo entrar en la alcoba durante las horas de la siesta? Desde luego, alguien que conociera bien la costumbre que tenía el cabrero de no cerrar la puerta que daba al patio. Era por el único sitio posible. La otra puerta estaba cerrada con llave. ¿Podía haberse quedado traspuesta la suegra y aprovechar los autores ese momento para penetrar? Caba, en lo probable, como también era verosímil que el móvil del crimen fuera el robo. Fué lo primero que preguntó el juez.

—¿Llevaba dinero encima su yerno?—dijo a la suegra.

—Sí, señor. Precisamente esta mañana había hecho un negocio.

—Vamos a buscar la cartera.

—Tiene que tenerla encima; con ella se acostó.

En las ropas de Samuel no estaba. Únicamente en el bolsillo del pantalón se encontraron los duros que llevaba cuando salió a repartir.

No cabía duda; a aquel hombre lo habían asesinado para robarle.

"¿PADRE DE MI ALMA!"

Mientras se producían estas diligencias, no faltó quien fuese a avisar a Salvadora. Con medias palabras, quitándole importancia al espantoso suceso, trajeron rápidamente a la mujer y los hijos. El incesante llanto de la vieja asustó a los recién llegados.

—¿Qué pasa?—dijeron

Josefa se abrazó a su hija y contó cuanto había sucedido.

La infeliz esposa, medio desvanecida, intentó entrar en la alcoba. No la dejaron.

—¿Padre de mi alma!—gritaron los hijos.

Y entre lamentos y ayes desgarradores fueron retirados de aquel lugar de tragedia.

¿FUE UN ACCIDENTE LO QUE MATO A SAMUEL?

No cesaron un solo momento las pesquisas judiciales, que desde el primer instante tropezaron con enormes dificultades. La Policía volvió a practicar un minucioso registro en la alcoba. En un arca, y entre ropa, apareció la cartera intacta con todos los billetes que llevaba Samuel cuando salió por la mañana de su casa. Al lado del arca, un pestillo ensangrentado. La lógica suposición, esclarecida por la autopsia, no era otra que la de pensar que el cabrero, antes de acostarse, guardara en el arca la cartera, y al levantar la cabeza para dirigirse a la cama tropezase con el pestillo y le causó la herida mortal. Sangrando llegó hasta la cama, y sobre ella, como resultas del accidente, falleció.

Hasta ahora es cuanto existe de verosímil en este triste suceso.

(Fotos Arenas.)

M. L.

SUICIDA POR AMOR

AQUELLA TARDE DE LA BOMBILLA

ENTRE el ruido de organillo y alegría verbenera, se conocieron aquella tarde en la Bombilla. Fué en un merendero popular. Hace de esto diez y seis meses. El mozo de Lavapiés—buena planta, decir suave y enamorado—se dirigió a la muchacha cacereña, graciosa y amiga de donaires, que no tardó en caer en las redes que le tendiera el suave parloteo del galán. Había mucha gente aquel domingo de mayo. Parejas de enamorados en los cenadores se juraban palabras y palabras que, en medio de la embriaguez de la música, tenían el acento de sincerás; pero que más tarde, fuera de aquel ambiente, se las llevaba el viento de la desilusión.

—Una cerveza, joven—habló el muchacho.
—Bueno—contestó, un tanto tímida, la mujer—. Pero solamente una. No estoy "acostumbrá" y a lo mejor pierdo la cabeza.

El hombre rió la ingenua "salida", y agregó, tomándola a broma:

—¡Ni que fuera "champán" de la Viuda! Además, puede estar tranquila, que a mi lado no le pasaría nada malo. ¿No me ve usted la pinta de formal?

Aquellas frases fueron la chispa que encendió la confianza de Cirila Fernández—tal el nombre de la joven—, que desde aquel instante tomó simpatía al galanteador, y no cesaron de bailar juntos toda la tarde.

Anochece ya, cuando la muchacha le dijo al que dos días después era su novio:

—Qué tarde es ya; ¡me va a echar una bronca la señorita!...

—¿Pero está usted sirviendo?

—Y qué remedio! Entre mi hermana y yo tenemos que ayudar a la vieja, que está en el pueblo.

—¿El último?—pidió él al oír los sonos de un pasodoble.

Y bailaron. Abandonaron el merendero, y lentamente, por San Antonio de la Florida, con las primeras luces de la noche, se juraban amor. Una hora más tarde, Cirila se despidió del muchacho, prometiéndole ver pronto.

"ME VOY A BEJAR"

Desde un jueves que había quedado citada la pareja, fueron novios Jesús y Cirila. Ella, cada día más enamorada del marmolista que sabía "camelar" y llevarse de calle a las mujeres.

—Te tienes que quitar del baile—rogaba la joven—. No me gusta que acudas a esos sitios donde me puedes hacer de menos.

—¿A ti de menos, "Ciri"? Tú serás siempre para mí la primera.

—¡Jesús!—y mirándole con arrobo se trenzó de su brazo y marcharon los dos por el Pacífico.

Unos pasos más allá se detuvieron.

—Te tengo que dar una mala noticia—advirtió el novio.

—¿Una mala noticia?

—Mala, porque implica separarme de ti.

—¿Pero qué dices?

—Aquí ya sabes que no tengo trabajo. Me ha salido una chapuza en Béjar y allí me voy para aprovecharla.

Contrariada la muchacha, respondió a las palabras de su novio:

—¿Qué le voy a hacer! No soy egoísta. Si es para tu bien, vete contento y tranquilo de que me dejas en Madrid pensando en ti.

—Eso quería oírte. Así me gusta.

—Pues así soy yo; mientras no me faltes, puedes estar seguro de que mi querer tampoco te faltará. Caminando llegaron hasta cerca de la calle de Re-



Bajo las ruedas de un coche del Metro, quedó destrozado el cuerpo de la joven Cirila Fernández, que ahora, sin colocación, vivía en esta casa de la calle de Requena



por lo tanto, se habían reanudado los diálogos de amor entre ambos jóvenes.

En un bar del Puente de Vallecas se vieron.

—¿Otra vez sin colocación?—habló él.

—Mañana voy a pretender a una casa que me han dicho, en la calle de la Montera. Dicen que es muy buena.

—¿PERO ES QUE ME VAS A DEJAR?—

Dos días permaneció Cirila con sus hermanos. Al tercero, marchó a su nuevo destino. En contra de lo que ella había imaginado, la casa donde iba a prestar sus servicios era totalmente inadmisibles.

—Esto no es "pa" mí—le dijo a la señora—. Aquí hay mucha entrada y salida de hombres y mujeres, y yo no estoy "acostumbrá" a estos lios.

—Pues, hija, si le asustan a usted estas cosas, márchese, porque en mi casa no verá usted otras.

Y se marchó, efectivamente. Volvió otra vez con su familia.

—Ahora no diréis que es por mí. ¡En menudo infierno me había metido!

Y explicó el porqué.

La tarde del lunes salió con su novio.

—No tardes mucho, que ya sabes que después de las nueve y media no me gusta que estés fuera de casa.

—Descuida—contestó a su hermana—. Antes de las diez estoy aquí.

¿Qué pasó entre los dos para que Cirila tomase aquella trágica resolución?

A las ocho de la noche la muchacha regresó a su casa. En su semblante, nada anormal se denotaba. Llegó tranquila. Entró en su cuarto para salir al instante.

—Voy a llevar el termómetro a casa del vecino, que tiene un niño malo.

—De paso tráete pan, que no hay para cenar.

Salió Cirila. Fué a cumplir el primer encargo, y desde allí se reunió con su novio y ambos caminaron en dirección al Metro del Puente de Vallecas.

—Te voy a acompañar—habló ella.

No faltaron vecinas que vieran a la pareja refir por el camino violentamente. En la boca del Metro se detuvieron los dos.

—¿Pero es que me vas a dejar, Jesús, con lo que yo te quiero?

Estas son las palabras que alguien escuchó y le faltó tiempo para decírselas.

La respuesta de él no se oyó.

—Ahora te vas a casa—le dijo Jesús, para terminar.

El muchacho bajó al Metro, con la obsesión de que algo extraño germinaba en el cerebro de la novia.

—¿Se irá a su casa?—se preguntó a sí mismo.

Y volviendo los pasos, subió a la calle. Cirila marchaba en dirección a su casa. Descendió otra vez al Metro, ya más tranquilo.

No habían pasado cinco minutos cuando la joven, volviendo repentinamente el camino andado, adquirió un billete del Metro, y entró en el andén. En aquel momento llegaba el tren. Esperó a que hiciera la maniobra para cambiar la dirección hacia la Puerta del Sol. Se sentó en un banco y allí aguardó.

Cuando el tren arrancó, de improviso, sin que nadie pudiera evitarlo, la muchacha se arrojó a la vía para caer entre las ruedas del primer coche. El conductor hizo un esfuerzo sobrehumano para evitar el atropello, pero la acción fué tan rápida e inesperada, que por mucho que puso de su parte, le fué completamente imposible impedir que la desgraciada Cirila Fernández quedase destrozada.

(Fotos Llompert.)

M. L.



Otro retrato de la joven sirvienta.

quena, en el Puente de Vallecas, donde viven los hermanos de ella, y en la cual pasaba Cirila los días hasta que volvía a encontrar colocación.

Marchó Jesús al pueblo salmantino y no pasaba semana sin que su Cirila recibiera carta de él. Cartas de enamorado, que sólo comprende quien las recibe. Cartas en las que se demostraba el cariño sincero del muchacho de Lavapiés.

"NO TENGO SUERTE EN LAS CASAS"

Encontró nuevamente colocación la joven Cirila.

—A ver si en esta casa vas a durar más—le dijo su hermana.

—Lo estoy deseando. Pero no sé lo que me pasa a mí que no tengo suerte en ninguna. Cuando salgo de una mala, entro en otra peor.

—Será tu genio...

—No sé qué tiene mi genio. Si no tengo penas ni preocupaciones, ¿por qué voy a estar triste?

—Mientras se sirve—contestó la hermana—hay que ser muy formal.

—¿Y yo no lo soy?

—Sí, mujer; no lo tomes por otro lado. Era una advertencia.

En la nueva casa no duró mucho la criada, y como Cirila era poco amiga de aguantar cargas y regaños, se volvió a despedir y se encontró otra vez sin trabajo.

Mientras tanto, Jesús había vuelto de Béjar y,

LA
LINTERNA



En un pueblcito aragonés
ha sido asesinado el
"Barba Azul" de
Cinco Villas
vea amplia
información
en las pags.
10 y 11